

DE LA RESTAURACION. 263

Los caminos que conducian desde la capital al punto que ocupaba el ejército se hallaban cuidadosamente vigilados por espías del gobierno, del rey y de las potencias aliadas. El menor movimiento de aquellas tropas podia comprometer la paz y dividir la Francia en dos patrias diferentes. Por otra parte las relaciones que sostenian los generales con los focos de la opinion en la corte eran demasiado importantes para que dejasen de ser escurridañas con la mayor detencion.

Labedoyere se encontró en su carruaje con uno de estos agentes de vigilancia del gobierno, el cual se hallaba allí, bien fuese por casualidad ó con intencion, y que ocultaba, bajo la indiferencia aparente de un viagero ocupado solo en sus negocios, la mision de observar que le estaba encomendada. La figura marcial, melancólica, altiva y pensadora del jóven general llevaba en si misma mucho de preocupacion y de misterio para que pudiese ocultarse á la investigadora mirada de un hombre cuya profesion era leer en la fisonomia de los demás. Cuanto mas se trata de ocultar el rostro, tanto mas se revela en él el enigma del alma y convida á adivinarle. Hasta el silencio que observaba Labedoyere y sus labios perpétuamente cerrados contribuian mas y mas á escitar la curiosidad de su compañero de viage, el cual pareció dejar escapar de su boca, aunque á su pesar, algunas exclamaciones involuntarias en contra de los Borbones y de sus ministros y derramar algunas lágrimas por la patria entregada y por el ejército proscrito; mas en seguida, como si le hubiese asaltado el temor y el arrepentimiento de haberse hecho traicion á si mismo, suplicó á Labedoyere que olvidase cuanto acababa de oír, fingiendo al propio

tiempo el mas hipócrita realismo, bajo el cual se dejaba entrever la falsedad de aquella segunda profesion de fé. Labedoyere, sin embargo, continuó guardando el mas profundo silencio.

El espia, al ver esto, intentó adoptar otro partido y principió á referir á su compañero de viage la prision de Lavalette, la cual todavia no habia llegado á noticia del ejército. Lavalette era precisamente el mas querido amigo de Labedoyere y su cómplice ademas, así es que este general no pudo disimular su emocion y que se le demudase el semblante al escuchar los pormenores de la prision de su amigo. Semejantes demostraciones le delataron á los ojos del espia, el cual, con su destreza y habilidad, llegó hasta el punto de hacerle decir su nombre; y despues de haberle manifestado la temeridad que cometia en arriesgarse á volver á entrar en Paris, le ofreció sus amistosos servicios y se insinuó de tal modo en su confianza, que á su llegada á la capital, permitió el general á su obsequioso protector que le acompañase hasta la misma puerta de la casa donde debia ocultarse, que era la de una persona muy afecta á Labedoyere y se hallaba situada en uno de los arrabales del Este. Apenas acababa de amanecer, y el fugitivo debia permanecer oculto todo el dia, hasta que, llegada la noche, pudiese aventurarse á salir á la calle. Vigilado por la amistad, y encerrado en una habitacion del último piso de una casa nada sospechosa, habiase tendido sobre la cama y se entregaba a un sueño tranquilo ínterin llegaba el momento de abrazar á su esposa y á su hijo.

XII.

El espia, entretanto, asegurado de su presa, se presentó á ponerlo en noticia de Mr. Decazes, que era en-

tonces prefecto de policía, y habiendo este dado aviso á los prusianos, fué cercada la casa por un batallón de aquellas tropas. Sorprendido Labedoyere en su asilo, renunció á toda defensa y se entregó á los agentes de policía, que le condujeron á presencia de Mr. Decazes. Aquel magistrado le dirigió un sin número de preguntas, de las cuales ninguna podia ser contestada sino confesándose de hecho culpable. Fouché, que aun era entonces ministro de policía, pareció condolerse de la imprudencia de aquella víctima, no perseguida por el gobierno, y que venia por sí misma á ponerle en el caso de ejercer todo su rigor con ella. El ministro de la Guerra, Gouvion de Saint Cyr, nombró un consejo de guerra para que instruyese el proceso. La venganza de los realistas, el favor de los bonapartistas, la recriminacion de los estrangeros, que eran los dueños de París, y la pasión y la curiosidad de todos imprimian á aquel proceso militar y político la solemnidad de una justicia, el rigor de la cólera y el interés de un drama. Los diarios y los salones se anticipaban al fallo del consejo con sus imprecaciones, encaminadas todas á pedir el derramamiento de sangre y á desacreditar á la justicia. Varias damas de lo mas elevado de la sociedad eran las que mas implacables se mostraban respecto á este particular, pues no parece sino que la generosidad es compañera inseparable de la fuerza, y que cuanto mas débil es el sexo, menos piedad alimenta en su corazón. La historia debe, pues, dejarlo así consignado, para mengua de aquel sexo: Ni el mas distinguido nacimiento, ni la mas elevada fortuna, ni la mas esmerada educacion literaria fueron bastantes á evitar, en las circunstancias de que nos ocupamos y en muchas otras, que algunas damas de la aristocracia de París y de la corte se entregasen á esa sed de venganza y á esa sanguinaria alegría de que hacian alarde las mugeres de las mas abyectas condiciones bajo el régimen del terror, cuando se reunian á la puerta de los tribunales revolucio-

narios. La elevacion de la clase, cuando se da lugar á semejantes escándalos del sentimiento, solo sirve para realzar mas y mas el vicio del corazón. Habia en el lenguaje, en los ademanes y en los ojos de algunas de las damas de la sociedad elegante de París el mismo sentimiento de cólera y la misma sed de venganza que se descubria en los auditorios femeninos de los tiempos de la Convencion. Los escritores públicos, como ha sucedido siempre, halagaban y daban pábulo por su parte á tan viles pasiones, por medio de sus diatribas, apareciendo como aduladores asalariados de todas las opiniones, que tienen bastante dinero para pagarles semejantes complacencias que solo respiran odio y sangre.

El proceso principió á verse el día 14 de agosto. El pretorio que se hallaba ocupado desde por la mañana por diferentes damas de la corte, por generales y principes estrangeros, que como vencedores, el pudor mismo de la victoria deberia alejar de semejante escena, parecia mas bien un anfiteatro preparado para un combate del circo. Labedoyere era esperado por unos con esa cruel impaciencia que aspira á la humillacion de un enemigo, y que se regocija de antemano con la esperanza de vengarse, y por otros con esa curiosidad que principia por la indiferencia y acaba al contemplar á la victima por un involuntario enternecimiento. Y á decir verdad, en el acusado de que hablamos se reunian circunstancias que provocaban á la vez aquel doble sentimiento.

Era Labedoyere el mas culpable y al mismo tiempo el que mas interés inspiraba entre los hombres que figuraron durante los Cien Dias. Nacido de una antigua familia, rodeado desde la cuna de supersticiones y de adhesiones

monárquicas; no teniendo en sus antecesores, ni en su familia paterna, ni en la de su esposa, ni aun en esta esposa misma mas que consejos y ejemplos de fidelidad á los Borbones; viéndose obligado á luchar con su propia naturaleza y con el cariño conyugal, á fin de sostener sus nuevas opiniones contra las inclinaciones, los hábitos y las relaciones domésticas del patricio; haciéndose criminal á sus propios ojos y á los de todo el mundo, pero criminal disculpable por su juventud, por su entusiasmo, por su fanatismo de gloria, de seducción, de patria y hasta de ambicion, vicio enaltecido en el soldado por el sacrificio que hace de su vida, no podia de ningun modo aducir defensa alguna ante su juramento quebrantado, ante la disciplina violada, ante las ruinas de su patria que se presentaban á sus ojos y que le acusaban aun mas alto que sus mismos acusadores. A pesar, pues, de todo esto, aquel hombre no podia menos de escitar la indulgencia, de predisponer al perdon, de hacer derramar lágrimas. Por fin, se presentó ante sus jueces.

XIV.

Su traje, que se componia de una levita verde sin charreteras ni condecoracion alguna, pero que tenia toda la forma del uniforme, daba á conocer que él se habia hecho justicia á sí mismo antes de invocar la indulgencia de su patria, despojándose previamente de las insignias de su grado y de las recompensas concedidas á su valor. Su estatura, que resaltaba mas bajo aquel sencillo traje de prisionero, era elevada, noble y apuesta como la de un soldado acostumbrado á erguir su frente ante el fuego del enemigo. Sus facciones, aunque bellas y varoniles, presentaban la gravedad de un pensamiento que sufre y la palidez propia de un hombre cuya sangre ha refluído

al corazon, bajo la impresion del insomnio del alma y de la reflexion en los calabozos. La gracia que respiraba su persona habia contribuido á su crimen, pues que le habia espuesto á las seducciones de las damas de la corte imperial, las cuales le habian presentado la gloria encubierta tras de la defeccion. Su héroe habia venido á ser por lo tanto su víctima. Comprendiase perfectamente al contemplar aquella hermosa y marcial presencia, que aquel hombre hubiera podido ser el héroe de aquella conspiracion de ayudantes de campo y de damas que ponian la popularidad de sus salones y la embriaguez de su entusiasmo, como precio de la defeccion á los Borbones. El consejo de guerra, poseido de mayor imparcialidad que su auditorio, no pudo menos de conmoverse al aspecto de aquel jóven guerrero, á quien iba á juzgar con arreglo á la ley, pero del cual no podia evitar el condolerse por la confraternidad creada en los campamentos. Preguntáronle su nombre, su edad, su grado y si este lo habia recibido de Luis XVIII.

A estas preguntas contestó con una modesta presencia de ánimo y con una franqueza que se acusaba á sí misma, que con efecto, él habia recibido del rey el mando de su regimiento; que habia marchado desde Chambery á Grenoble por orden del general Marchand, que mandaba esta plaza; que habia inducido á sus soldados al grito de « ¡viva el emperador! » á salir al encuentro de Napoleon; que se habia negado á dar oídos á las convenciones y á las observaciones que le hizo el general de Villier, su gefe inmediato, al tratar de recordarle su obligacion y de someterle á la disciplina; que en aquel momento él habia creído que debia anteponer el interés superior de la patria á sus deberes como soldado; y por último, que pedia por toda justificacion que se mandase comparecer á los testigos de aquella hora fatal de su vida á fin de que el tribunal pudiese juzgar no solo su falta sino el poder irresistible de las circunstancias y las

emociones que habian precedido y acompañado al delito.

Los testigos comparecieron, en efecto, y su relato conforme en un todo al que hace la historia, si no disculpaba la defeccion al menos no la agravaba mas. Dejébase conocer en las palabras de aquellos testigos, gefes suyos ó compañeros de armas, la tristeza propia de unos hombres que si les pesaba tener que acusar, no estaba en su mano el poder absolver. Resultaba demasiado cierto que el jóven coronel habia premeditado en Chambéry su papel de tráfuga; que habia sondeado el ánimo de sus oficiales, arengado á sus soldados, remplazado la bandera blanca con las águilas colocadas en lo alto de una vara de saúce, distribuido las escarapelas tricolores halladas dentro de una caja de guerra y preparadas para el momento de la explosion; desconociendo al hacer esto la voz, las órdenes y las intimaciones de su general, saliendo al encuentro del emperador, estrechando en sus brazos y conduciendo en triunfo al mismo á quien iba á combatir, induciendo á la insubordinacion á los regimientos que cubrian las murallas de Grénoble, forzando con sus batallones las puertas de la ciudad y siendo el primero que ofreció á Napoleon una plaza de armas, un ejército, un pueblo y un camino que le condujese á París.

XV.

Sus acusadores no tenían, pues, que ocuparse en buscar un crimen que desde luego estaba patente y confesado, asi es que solo se limitaron á pedir que para que sirviese de ejemplar á los ejércitos que gozan el privilegio de las armas, el doble deber del patriotismo y de la disciplina y que tienen confiada á sus espadas la suerte de las naciones, Labedoyere fuese condenado á sufrir la

pena militar que la conciencia pública exigia contra él. Al dictar esta sentencia no trataron de ocultar ni su dolor ni su conmiseracion hácia él; en una palabra, no ultrajaron al hombre al verse en la precision de acusar al soldado.

Labedoyere, despues de haber escuchado estas palabras pronunciadas por el órgano del consejo de guerra, se puso en pie y dió principio á su defensa. Su voz espresó con el acento de la conciencia, una triste conviccion de su delito, una marcial energia á la vista de las consecuencias que iba á sufrir y una reparacion patriótica y cristiana ofrecida espontáneamente al rey, á su pais, á su familia en espiacion á las desgracias, de la sangre y de las lágrimas que él habia costado. Conociase que las tradiciones hereditarias habian recobrado en aquellos últimos momentos todo el imperio sobre sus opiniones, que su jóven esposa habia hecho en su prision sus aspiraciones al arrepentimiento, sus esperanzas de perdon, de ver rescatada su vida y de disfrutar una prolongada dicha sobre la tierra, y que la religion de su madre llegando á penetrar en su soledad habia servido para persuadirle en nombre de la muerte la confesion de su error, asi como la ternura conyugal se lo habia aconsejado en nombre del amor.

Labedoyere no trataba de defender su inocencia sino su honor: «Si solo se tratase de mi vida, decia, no os ocuparia de mi persona, pues saber morir es precisamente un oficio. Pero una muger modelo de todas las virtudes y un hijo todavía en la cuna me pedirian cuenta de mi silencio el dia de mañana. El nombre que les dejo es su único patrimonio, y aunque me vea forzado á dejárselo acompañado de la desgracia, no por eso habrá de quedar deshonrado.... Yo he podido equivocarme respecto de los verdaderos intereses de la Francia; extraviado por los recuerdos ó por las ilusiones del honor de los campamentos, he podido muy bien tomar unas vanas quimeras

por los verdaderos acentos de la patria. Mas lo grande de los sacrificios que yo tengo hechos al romper los mas cercanos vinculos de rango y de familia prueban al menos que ningun vil interés personal pudo influir en mi conducta. Yo nada niego, pero sé muy bien que no he conspirado; cuando recibí el mando de mi regimiento, estaba bien lejos de creer que el emperador pudiese volver jamás á Francia... aunque los mas tristes presentimientos pesaban sobre mí precisamente en el momento de marchar á Chambéry. Esta vaga tristeza consistia en la impresion que el espíritu público me habia causado. » Al llegar aquí y despues de formar un cuadro político de la primera caida de Napoleon, de la impopularidad general que le rechazaba de la Francia, del entusiasmo justificado en favor de las virtudes de Luis XVIII que allanaba el camino del trono á los Borbones, hizo ver que los primeros actos de aquel reinado vinieron á perder todo su prestigio á causa de las faltas cometidas por el gobierno del rey, preparándose de esta manera los ánimos para un próximo regreso del emperador. Iba, sin duda, á explicar despues cómo aquella desafeccion del pueblo por los Borbones le habia hecho desesperar de su patria obligándolo á volver su pensamiento hácia otra salvacion pública bajo el reinado de Napoleon, que habria de abdicar el despotismo para convertirse en el genio protector del territorio y de la libertad, mas fué interrumpido al tratar de hacer aquella escursión sobre faltas, que, puestas en su boca podrian quizá tomar el carácter de una acusacion en vez de aparecer como una excusa. A pesar de que no era tal su situacion no quiso insistir mas en ella y continuó su defensa en estos términos: «Si, debo solo limitarme á confesar un error; error que confieso con el mayor sentimiento al dirigir mi vista sobre la patria; y que ha consistido en haber desconocido las intenciones del rey, hasta que su regreso ha contribuido á abrirme los ojos. Todos los actos emanados de la autoridad real llevan el

sello de la prudencia y de la moderación. Observo que todas las promesas se han cumplido, que todas las garantías se han consignado, que la Constitucion ha sido perfeccionada, y que los estrangeros verán, yo lo espero, una gran nacion de franceses agrupados en torno de su rey. Quizá no estaré yo destinado á disfrutar de aquel espectáculo, pero he vertido mi sangre por la patria y quiero persuadirme de que mi muerte precedida de la abjuracion de todos mis errores podrá ser útil á la Francia, que mi recuerdo no será un recuerdo de horror, y que para la época en que mi hijo se halle en disposicion de servir á su pais, mi nombre no le será echado en cara. »

La varonil aunque sensible emoción de su fisonomía, así como su voz y sus ademanes vinieron á completar lo patético de aquellas palabras. Los mas indiferentes derramaron lágrimas, y hasta sus mismos enemigos no pudieron conservar endurecido su corazon, que las pasiones de la época habian contribuido á cerrar á la compasion.

XVI.

Los historiadores del partido de Napoleon han tenido necesidad de desnaturalizar los hechos para glorificar á los cómplices de los Cien Dias, y como en la figura de Labedoyere les hacia falta un cierto colorido de estoicismo romano y de implacable aversion hácia los Borbones, con el fin de presentar en él al pueblo en vez de un hombre de la naturaleza, un héroe y un mártir de la oposicion, han tomado el partido de no hacer mencion de aquellas tiernas palabras del hombre que va á morir, y por esa misma razon, nosotros hemos querido consignarlas. No cabe duda que no corresponde al acusado alabar á sus jueces, y que la justicia, aun puesta en boca de un reo culpable, llega á hacerse sospechosa, cuando el elo-

gio se dirige á un soberano que tiene la eleccion entre el perdon y la muerte. Bajo este punto de vista, Labedoyere, aunque se sintiese arrependido, hubiera quizá debido guardar silencio acerca de las virtudes y de la magnanimidad del rey. Pero si era cierto que la reflexion habia conducido á aquel espíritu impresionable á una apreciacion mas equitativa del carácter y del papel que desempeñaba Luis XVIII al volver de su segundo destierro, para establecer una libertad constitucional monárquica; si el ministro de la religion, introducido en la prision por los cuidados de su familia, habia logrado inspirarle, con el sentimiento verdadero de su falta, la confesion de ella que debia rescatarle para con Dios; si el patriotismo habia realmente convencido á Labedoyere de que la union de todos los franceses alrededor de un trono necesario, era la única salvaguardia de la patria á la vista de los extranjeros; ó si, por último, las lágrimas de su esposa ó la sonrisa inocente de su hijo habian arrancado de él la promesa de no desvirtuar un perdon que estaban invocando en su favor; y que les conservaria la vida de un esposo y de un padre; ¿seria justo el acusar á aquel joven de un arrepentimiento de conciencia, de un acto de religion ó de una emocion del corazon, y convertir en feroz obstinacion lo que no habia sido en él mas que remordimiento, piedad y cariño? No; la historia no debe ser un testigo falso, arreglando ó desfigurando, segun las conveniencias de partido, las últimas palabras de los moribundos. Debe limitarse á pintar al hombre tal como fué, y transmitir fielmente á la posteridad lo que haya oido. De este modo tambien es la historia mas tierna é instructiva á la vez, y es al mismo tiempo mas sublime, porque la naturaleza, por mas que se diga, tiene acentos á que el espíritu sistemático no podrá llegar jamás.

Las palabras de Labedoyere, perdidas para su descargo y su defensa, no lo fueron tanto para el ánimo de los espectadores, los cuales, mientras el tribunal deliberaba, permanecieron inmóviles, silenciosos y enternecidos, como clavados por la ansiedad y la impaciencia en los respectivos sitios que ocupaban. El acusado fué condenado á muerte, y habiéndosele concedido veinte y cuatro horas para que pudiese acudir á un tribunal de revision, cuyo término le fué concedido accediendo mas bien á las súplicas de su familia para poder obtener del rey su perdon, que con objeto de que se llevase á efecto tal exámen de su culpabilidad, y puesto que él todo lo habia confesado. Un joven orador del foro de Paris, ya célebre como abogado político y mas célebre después como hombre de parlamento, Mr. Mauquin fué el que defendió aquella desesperada causa ante el consejo de revision, mas cuantos esfuerzos hizo para enternecer á los jueces y para commover la opinion, no fueron bastantes para convencerlos, y la sentencia de muerte fué confirmada en apelacion. Labedoyere, dudoso todavia de sus influencias de su noble familia, lograrian obtener de la corte una prision perpétua en lugar de un cadalso, y procuró fortificar su alma con la resolucion de un soldado; con la resignacion de un cristiano y con las oraciones del que se prepara á morir; bien fuese que le estuviese reservada la vida ó la muerte, segun que el corazon del rey, mas ó menos decidido en su favor, decidiese de su suerte en aquellos momentos supremos. Su madre y su esposa no se apartaban un instante de las Tullerías; mas temiendo siempre que la razon de Estado prevaleciese en los consejos de palacio contra la naturaleza y contra

la magnanimidad de los príncipes de la familia real, estaban reuniendo la suma de 100,000 francos en oro para pagar al encargado de su custodia el precio del rescate de aquel reo, cuyas ofertas, de que tuvo algunas sospechas el gobierno, fueron rechazadas por el conserge de la Abadía. No restaba, pues, mas recurso á Mmes. Labedoyere que aguardar el resultado de sus desesperadas súplicas. Las mas rigurosas consignas impedían á los guardias de palacio que dejasen penetrar á aquellas damas, con el fin de evitar á la corte el conflicto de una implacable severidad. Pero los guardias fueron menos desapiadados que los cortesanos, y sus bayonetas cedieron ante la presencia de aquellas dos señoras desoladas. En el momento en que Luis XVIII, apoyado en los brazos de sus familiares, bajaba la escalera principal y atravesaba el vestíbulo para tomar su carruage, á fin de dar su paseo cotidiano, la jóven esposa del sentenciado, que tenia unos diez y nueve años, con su hijo en los brazos, sus cabellos en desórden, vestida de luto y sus ojos anegados en llanto, se precipitó entre el príncipe y el estribo del coche, esclamando con voz entrecortada por la angustia y los sollozos: «¡Perdon! ¡Perdon!» El rey dió un paso atrás, disgustado á la vez que enternecido; mas el temor de rehusar una satisfaccion á su partido y de arrostrar las reconvenciones de debilidad que diariamente se le echaban en cara en su propio palacio, pudo mas en su ánimo que el espectáculo de aquella jóven suplicante, que le pedia tantas vidas en una sola. Revistió, pues, su rostro de la mas grande impasibilidad, é inclinándose con aparente bondad que contrastaba en extremo con el rigor que demostraba con aquella jóven:

«Señora, la dijo, vuestros sentimientos y los de vuestra familia hácia mi casa me son bien conocidos, y me cuesta gran trabajo tener que rehusar esta gracia á unos servidores tan fieles. Si vuestro marido no hubiese ofendido mas que á mí, su perdon le habria sido ya otorga-

do; pero yo debo una satisfaccion á la Francia, sobre la que él ha hecho recaer todas las plagas de la sedicion y de la guerra. Mi deber de rey me ata completamente las manos, y no me es dado mas que rogar al cielo por el alma del que ha sido condenado por la justicia, y asegurarnos mi proteccion tanto á vos como á vuestro hijo.» El rey, apenas pronunció estas palabras, fué conducido á su carruage y mandó que echasen los cristales.

La jóven esposa permaneció desmayada sobre el pavimento.

XVIII.

Entretanto Labedoyere, titubeando entre la desesperacion de dejar viuda á su esposa, huérfano á su hijo y á su madre sin consuelo sobre la tierra, y entre los últimos rayos de esperanza que las relaciones de su familia con la corte hacian que penetrasen hasta su calabozo, empleó aquellas horas supremas que iban transcurriendo en dar salida á los sentimientos de su alma espresados en cartas á su madre, á su esposa y al rey. En ellas no se crea que imploraba para mendigar su vida, antes bien reconocía sus errores para descargar su conciencia, á fin de no llevar á presencia del Juez Supremo ni el sofisma ni la obstinacion del hombre de partido. No queria dejar por orgullo un ejemplo fatal á la lealtad del soldado y á la indisciplina de sus compañeros de armas. Su falta no habia estado exenta jamás de agitacion y de remordimientos, y la desgracia le habia al fin devuelto la luz moral y la paz. Había además acogido con una gran piedad de familia las exhortaciones de un ministro de la religion de su madre, y procuraba sacrificar su agonía y sus lágrimas por medio de la oracion y de la aceptacion de su suplicio. Cada minuto que transcurria iba disminuyendo el corto espacio de tiempo concedido para el perdon.

Aquella noche el último día, y la noche que ya se acercaba, se acercaba sin que ningún ruido hacía la parte de la puerta de su prision viniese á anunciarle un mensaje de misericordia.

XIX

Después del desmayo de su joven esposa bajo las ruedas del carruage del rey, su madre, mas fuerte que ella en su ancianidad y apoyada en su piedad, habíase obstinado en repetir aquellos ruegos sin esperanza. Toda vestida de negro, cubierta bajo un espeso velo, y oculta por la indulgencia desobediente de algunos cortesanos y de algunos oficiales de su familia, en la oscuridad del vestibulo, aguardaba con mortal ansiedad el regreso del rey, resuelta á abrazarse á sus rodillas cuando se apease del carruage, y á dejarse arrastrar á sus pies antes que abandonarle, sin aquel último esfuerzo, la vida de su hijo. Mas el rey, que aguardaba encontrarse con menos dolores para su corazón que á toda costa trataba de evitar, habia dado orden de que apartasen de allí á toda persona que tuviese que pedirle alguna gracia. Una muralla de lacayos, de guardias y de cortesanos le rodeó por todas partes en el momento de apearse en el vestibulo de palacio, separándole de este modo de la pobre madre. Sus gritos y sus sollozos fueron los únicos que llegaron á los oídos del rey, pero procuró sofocar aquel eco en su corazón por temor de faltar á la política cediendo á los impulsos de la naturaleza.

Deber cruel y mal comprendido por los reyes, que lucha con el instinto del sentimiento, esa voz infalible del mismo Dios, y que cree que el efecto de la venganza sobre los hombres es mas eficaz que la magnanimidad! Allí obrar basí se arrojaba á madama Labedoyere en el seno de una familia diezmada y cubierta de inconsolable luto por esos mismos principes cuyo regreso tanto habian ansiado toda su vida los individuos de aquella desgraciada familia! El triunfo de su opinion venia, pues, á convertirse de este modo por una especie de irrisión de la

suerte, en un suplicio para su corazón y en un duelo para su casa.

XIX.

Eran las seis de la mañana cuando un carruage escoltado por gendarmes conducía á Labedoyere al lugar del suplicio, situado tras una pared del jardín de aquella misma esplanada de Grenelle que pocos dias antes habia disputado al enemigo. Acompañábale un sacerdote que en voz baja le iba recitando las oraciones de la agonía. Al apearse del carruage, divisó entre un grupo de curiosos atraídos por el rumor de la ejecucion, á un amigo fiel cuyas visitas le habian servido á veces de consuelo en la soledad de su prision; aquel amigo era César de Nervaux. La presencia de aquel testigo amistoso en aquella hora crítica en que todo es enemigo sobre la tierra y el consuelo de morir dejando al menos una imagen y una lágrima en los ojos de una persona presente hasta el último momento, hicieron aparecer un destello de melancólica alegría en el rostro de Labedoyere que al punto se dirigió á Nervaux. Los dos compañeros de armas se abrazaron estrechamente y cambiaron en voz baja algunas palabras rápidas y entrecortadas. Algunos historiadores han asegurado que Mr. de Nervaux prometió entonces á su amigo que le vengaría, mas la venganza, sentimiento enteramente humano, no existia ya en el alma de Labedoyere, dominada únicamente por una religiosa resignacion, y por una divina imparcialidad. Mr. de Nervaux solo prometió á su compañero vengarle del olvido por la fidelidad y por la tenura de sus recuerdos. Sus manos se separaron lentamente una de otra. Labedoyere, aproximándose á los soldados que debian ejecutar su suplicio y marchando desde la pared, parecía estar midiendo con detencion el número de pasos

que le habia de separar de ellos, hasta que se detuvo de pronto en el sitio elegido para su muerte. Despues, como si le hubiera venido á la memoria un repentino pensamiento que le hacia volver á la vida para reparar algun olvido, volvióse con rapidez hácia el sacerdote, le dijo unas cuantas palabras al oído, le abrazó y volviendo á ocupar su anterior actitud ante el peloton, aguardó á que le hiciesen fuego. El oficial que mandaba aquellos veteranos se acercó á él para vendarle los ojos con objeto de evitarle, segun la piadosa costumbre en estos casos, la sensacion que pudiera producirle la vista de las armas dirigidas contra su pecho; mas él, por medio de un ademán, rehusó aceptar aquel último servicio inútil para aquellos que como él se han visto espuestos á recibir la muerte en tantos campos de batalla. Tiró al suelo su sombrero, y quitándose su corbata, suplicó á uno de los soldados que la aceptase como regalo de un moribundo y que la conservase como una memoria suya. El soldado, conmovido, lo rehusó alegando para ello las leyes militares que prohiben aceptar recompensa alguna particular á los que reciben un sueldo de la patria, mas habiendo insistido en ello Labedoyere.—«Pues bien! dijo el soldado, tomaré vuestro pañuelo pero será para cubrirnos respetuosamente la cara despues de vuestra muerte.»

XX.

Satisfecho de aquella piadosa condescendencia del soldado, Labedoyere le entregó su pañuelo y se adelantó aun algunos pasos hácia el peloton, hasta el punto de que las bocas de los fusiles se apoyasen contra su pecho. La emocion, no del temor sino del último adios, hacia palidecer su semblante mas, sin quitarle nada de la energia de su expresion á las facciones de su rostro y á la intrepidez

de sus miradas. Volvió instintivamente la cabeza hácia el sitio en que Mr. de Nervaux oraba por él, con el objeto sin duda, de que su última mirada fuese dirigida á una persona amiga. Descubrió por fin su pecho, y dijo con acento firme y resuelto á los veteranos: «Tirad, amigos míos!» El fuego obedeció á su voz y cayó atravesado de un puñado de balas. La nube producida por el humo de la pólvora envolvió por un momento al cadáver y á los soldados, y cuando el viento hubo disipado aquella nube, el sacerdote que habia asistido á la ejecucion, se aproximó al cuerpo que yacia estendido sobre el borde del foso, se arrodilló ante él, y mojado un pañuelo en la sangre que corria por el pecho del cadáver, tiñó de encarnado aquel lienzo que habia prometido llevar como una reliquia á su esposa, alejándose en seguida de aquel lugar.

Tal fué el fin de aquel tercer mártir de los Cien Dias, primer acto en que intervino la ley, despues de las venganzas populares del asesinato. Asi como no era posible excusar su delito, era tambien imposible no llorar su muerte. Ni el interés, ni la ambicion habian impulsado ni envilecido su crimen; aquel hombre habia cedido únicamente á la popularidad de los campamentos, á esa seduccion, á ese entusiasmo de la juventud hácia el emperador. Aquellos sentimientos le habian hecho ver el patriotismo en la defeccion, la gloria en la indisciplina. El fanatismo de las grandes celebridades habia fascinado su alma é inducidola al crimen, y no bien acababa de cometer aquella falta, cuando ya se sintió acometido de los remordimientos. Antes de espiar con su vida su delito, habíalo espiado con su honor. Dios y los hombres estaban ya satisfechos: ¿la dignidad real de los Borbones debia acaso exigir aun mas? No. La alegría cruel que con aquel castigo habian proporcionado á sus partidarios, era una concesion á su cólera, y las concesiones de aquella naturaleza no dejan satisfechos á los partidos; antes bien avivan mas en ellos otros deseos, contristan á todo un rei-

nado, llenan de pavor el alma de un pueblo y dejan en pos de sí resentimientos que no se estinguen jamás.

Luis XVIII, por efecto de aquella inflexibilidad tan contraria á su carácter, creia poder tomar un puesto entre los hombres de Estado, sacrificando así su corazón á una vana política. Rey inofensivo, conciliador y pacífico, toda su fuerza y su grandeza consistian en el perdón. Napoleon no le había dejado otra superioridad que conquistar que la de la magnanimidad, y aquella al menos debía tratar de conservarla. No eran por cierto los suplicios los que debía oponer á las batallas; en los sentimientos de su alma era donde debía buscar su genio. Tanto los realistas de su córte, como los estrangeros que ocupaban su capital, reclamaban de él imperiosamente que se vengase, vengándolos á ellos al propio tiempo. Esto era muy cierto. La sangre de Labedoyere había sido ofrecida como una satisfaccion al partido del rey, y como una reparacion á la Europa. Mas al hacer este sacrificio á su córte, Luis XVIII dejaba de ser rey, y al hacerlo igualmente á las potencias estrangeras, dejaba de ser francés. En el primer caso, como instrumento de la animosidad de los unos, y en el segundo, como instrumento tambien de la pasion de los otros, él se rebajaba en el interior y en el exterior; él faltaba ademas á la conducta que sábiamente se había impuesto á sí mismo durante la soledad y el recogimiento de su prolongado destierro, como soberano pacificador, porque pacificar es perdonar. Cuando se trata de reconciliar á un pueblo, no debe derramarse sangre entre los partidos, antes bien debe ape-larse á la indulgencia y á la misericordia. El suplicio de Labedoyere fué, pues, el primer borron de aquel reinado que iba á verse desdorado y manchado por otros suplicios.

Aquel horizonte tan sereno en 1814, íbase todo cubriendo de espesas nubes. No se oía otra cosa, así en la córte como en las Cámaras, mas que gritos de venganza.

Una casualidad hizo tambien que en aquellos momentos cayese otra víctima en manos de los Borbones; el mariscal Ney. El genio malo de la Restauracion fué sin duda el que les hizo aquel fatal presente, pues al proporcionales los culpables, venia á tentarles con su sangre. Aquella sangre, sin embargo, justa ó injustamente derramada, debía al fin resaltar sobre su memoria y arrebatarnos el mas bello prestigio que su raza había sacado de la revolución, el prestigio del martirio perdonado, de la inocencia proscrita, rehabilitada, y del magnánimo regreso á su patria.

Hasta aquel dia habían sido la Providencia visible de su país, ya sacándole de todos sus conflictos, ya evitando su desmembramiento, ya cubriéndole con su legitimidad ante la Europa, ya, por último, reconciliándole con todos los pueblos y consigo mismo. Mas desde aquel mismo dia habían descendido del rango sublime que ocupaban, al de príncipes avasallados por las pasiones del momento, obedeciendo á los resentimientos de su partido, en lugar de confundir á todas las fracciones, aun las mas culpables, con la imparcialidad de su perdón, y olvidando que, despues de luchas intestinas, y sobre todo, cuando estas se complican con otras luchas patrióticas, y cuando los estravios se escudan al amparo de ilustres hazañas y de una gran gloria, no hay mas que una justicia, y esa justicia es la amnistía, es el olvido y perdón.